

Los signos oscuros

Por Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ

Dibujo de Judith MÁRQUEZ

El dolor de la muela se había hecho invulnerable a los analgésicos. El alcalde colgó la hamaca en el balcón de su cuarto tratando de dormir al fresco de la prima noche. Pero antes de las ocho, sucumbió de nuevo a la desesperación y bajó a la plaza aletargada por una densa ola de calor.

Después de merodear por los alrededores sin encontrar la inspiración que le hacía falta para sobreponerse al dolor, entró al salón de cine y se instaló en el fondo de la platea.

Fue un error. El zumbido de los aviones de guerra aumentó la intensidad del dolor. Antes del intermedio abandonó el salón y llegó a la farmacia en el instante en que don Lalo Moscote se disponía a cerrar las puertas.

—Deme lo más fuerte que tenga para el dolor de muelas.

El farmacéutico le examinó la mejilla con una mirada de estupor. Luego fue hasta el fondo del establecimiento, a través de una doble hilera de armarios con puertas de vidrio enteramente ocupados por pomos de loza, cada uno con el nombre del producto grabado en letras azules. Al verlo de espaldas, el alcalde comprendió que aquel hombre de nuca rolliza y sonrosada podía estar viviendo un instante de felicidad. Lo conocía. Estaba instalado en dos cuartos al fondo de la farmacia, y su esposa, una mujer muy gorda, era parálitica desde hacía muchos años. Experimentó un alivio momentáneo con la idea de incrustarle un plomo de revólver en la nuca.

Don Lalo Moscote volvió al mostrador con un pomo de loza sin etiqueta, que exhaló al destaparlo un vapor de hierbas dulces.

—¿Qué es eso?

El farmacéutico hundió los dedos entre las semillas secas del pomo.

—Mastuerzo —dijo—. Lo mastica bien y se traga el jugo poco a poco; no hay nada mejor para el corrimiento—. Se echó varias semillas en la palma de la mano, y dijo mirando al alcalde por encima de los anteojos:

—Abra la boca.

El alcalde lo esquivó. Luego hizo girar el pomo para convenirse de que no había nada escrito, y volvió a fijar la mirada en el farmacéutico.

—Deme alguna cosa extranjera —dijo.

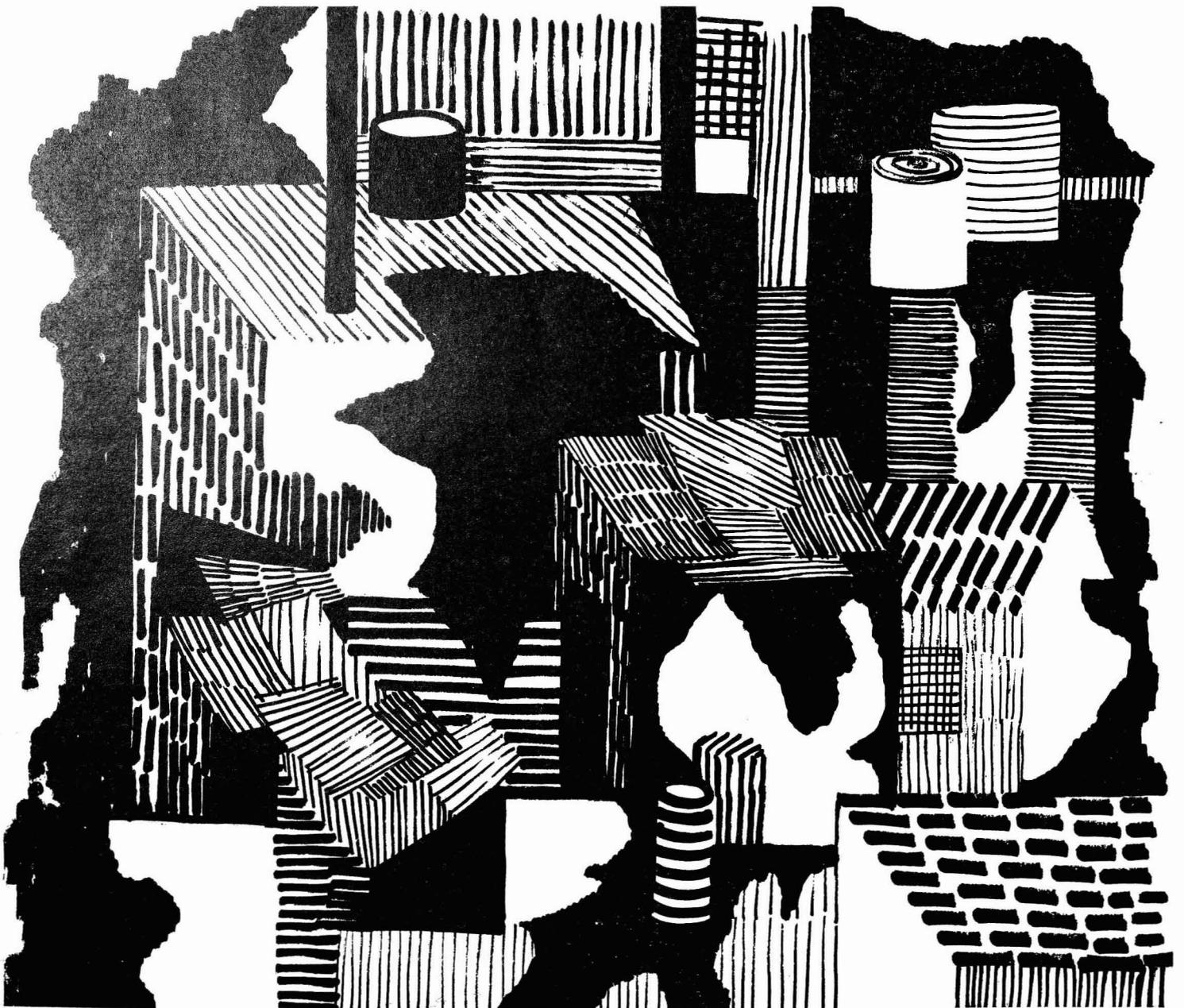
—Esto es mejor que cualquier cosa extranjera —dijo don Lalo Moscote—. Está garantizado por tres mil años de sabiduría popular.

Empezó a envolver las semillas en un pedazo de periódico. Parecía un tío materno, envolviendo el mastuerzo con la malicia afectuosa con que se hace una pajarita de papel para los niños. Cuando levantó la cabeza había empezado a sonreír.

—¿Por qué no se la saca?

El alcalde no respondió. Pagó con un billete y abandonó la farmacia sin esperar las vueltas.

Después de la media noche seguía retorciéndose en la hamaca sin atreverse a masticar las semillas. Alrededor de las once, en el punto culminante del calor, se había precipitado un chaparrón que se deshizo en una llovizna tenue. Agotado por



la fiebre, temblando en el sudor pegajoso y helado, el alcalde se estiró bocabajo en la hamaca, abrió la boca y empezó a rezar mentalmente. Rezó a fondo, tensos los músculos en el espasmo final, pero consciente de que mientras más pugnaba por lograr el contacto con Dios, con más fuerza lo empujaba el dolor en sentido contrario, hacia la blasfemia. Entonces se puso las botas, y el impermeable sobre la pijama, y fue al cuartel de la policía.

Irrumpió vociferando, dando patadas contra los catres. Enredados en un manglar de realidad y pesadilla, los agentes se atropellaron en el pasadizo buscando las armas en la oscuridad. Cuando las luces se encendieron, estaban a medio vestir.

—González, Rovira, Peralta —gritó el alcalde.

Los tres nombrados se desprendieron del grupo y rodearon al teniente. No había razón visible que justificara la selección: eran tres mestizos corrientes. Uno de ellos, de rasgos más infantiles y pelado a rape, estaba en camisa de franela. Los otros dos llevaban la misma camisa bajo la guerrera sin abotonar.

No recibieron una orden precisa. Saltando los escalones de cuatro en cuatro detrás del alcalde, abandonaron el cuartel en fila india; atravesaron la calle, indiferentes a la llovizna cerrada, y se detuvieron frente a la dentistería. Con dos cargas ordenadas despedazaron la puerta a culatazos. Estaban ya en el interior de la casa, sin preocuparse por no hacer ruido, cuando se encendieron las luces del vestíbulo. Un hombre pequeño y calvo, con los tendones a flor de piel, apareció en calzoncillos por la puerta del fondo, tratando de ponerse la bata de baño. En el primer instante quedó paralizado con un brazo en alto y la boca abierta, como en el fogonazo de un fotógrafo. Luego dio un salto hacia atrás y tropezó con su mujer, que salía del dormitorio en camisa de dormir.

—Quietos —gritó el alcalde.

La mujer hizo "Ay", con las manos en la boca, y volvió al dormitorio. El dentista se dirigió al vestíbulo anudándose el cordón de la bata, y sólo entonces reconoció a los tres agentes que lo apuntaban con los fusiles, y al alcalde chorreando agua por todo el cuerpo, tranquilo, con las manos en los bolsillos del impermeable.

—Si la señora sale del cuarto, hay orden de que le peguen un tiro.

El dentista agarró el pomo de la cerradura diciendo hacia adentro: "Ya oíste, mija"; y ajustó con un ademán meticuloso la puerta del dormitorio. Luego caminó hacia el gabinete dental, vigilado a través del descolorido mobiliario de mimbre por los ojos ahumados de los cañones. Dos agentes se le adelantaron en la puerta del gabinete. Uno encendió la luz; el otro fue directamente a la mesa de trabajo y sacó un revólver de la gaveta.

—Debe haber otro —dijo el alcalde.

Había entrado en último término, detrás del dentista. Los dos agentes hicieron una requisita concienzuda y rápida, mientras el tercero guardaba la puerta. Voltearon las cajas de instrumentos en la mesa de trabajo, dispersaron por el suelo moldes de yeso, dentaduras postizas sin terminar, dientes sueltos y casquetes de oro; vaciaron los pomos de loza de la vidriera y destriparon con rápidos cortes de bayoneta la almohadilla de hule de la silla dental y el cojín de resortes de la poltrona giratoria.

—Es un 38 cañón largo, Smith & Wesson —precisó el alcalde.

Escrutó al dentista sin sorprenderse de su impasibilidad.

—Es mejor que diga de una vez dónde está —le dijo—. No vinimos dispuestos a desbaratar la casa.

Detrás de las gafas con monturas de oro, los ojos estrechos y apagados del dentista no revelaron nada.

—Por mí no hay apuro —replicó de una manera reposada—. Si les da la gana pueden seguir desbaratándola.

El alcalde reflexionó. Después de examinar una vez más el cuartito de tablas sin cepillar, avanzó hacia la silla dental, impartiendo órdenes cortantes a sus agentes. Hizo apostar uno en la puerta de la calle, otro a la entrada del gabinete, y el tercero junto a la ventana. Cuando se acomodó en la silla, sólo entonces, abotonándose el impermeable mojado, se sintió rodeado de metales fríos. Aspiró profundamente el aire enrarecido por la creosota, y apoyó el cráneo en el cabezal, tratando de regular la respiración. El dentista recogió del suelo algunos instrumentos y los puso a hervir en una cacerola.

Permaneció de espaldas al alcalde, contemplando el fuego azul del reverbero, con la misma expresión que habría tenido si hubiera estado solo en el gabinete. Cuando hirvió el agua, envolvió el mango de la cacerola en un papel, y la llevó hacia la silla. El paso estaba obstruido por el agente. El dentista bajó la cacerola para ver al alcalde por encima del humo, y dijo:

—Dígale a ese asesino que se ponga donde no estorbe.

A una señal del alcalde el agente se apartó de la ventana para dejar el paso libre hacia la silla. Rodó un asiento contra la pared y se sentó con las piernas abiertas, el fusil sobre los muslos, sin descuidar la vigilancia. El dentista encendió la lámpara. Deslumbrado por la claridad repentina, el alcalde cerró los ojos y abrió la boca. Había cesado el dolor.

El dentista localizó la muela enferma apartando con el índice la mejilla inflamada y orientando la lámpara móvil con la otra mano, completamente insensible a la ansiosa respiración del paciente. Después se enrolló la manga hasta el codo y se dispuso a sacar la muela.

Apartando la cabeza, el alcalde lo agarró por la muñeca.

—Anestesia —dijo.

Sus miradas se encontraron por primera vez. El alcalde vio una expresión inalterable. El dentista vio unas pupilas inyectadas de terror.

—Ustedes matan sin anestesia —dijo suavemente.

El alcalde no advirtió en la mano que apretaba el gatillo ningún esfuerzo por liberarse.

—Traiga las ampolletas —dijo.

El agente apostado en el rincón movió el cañón hacia ellos, y ambos percibieron desde la silla el chasquido del fusil al ser montado.

—Supóngase que no hay —dijo el dentista.

El alcalde le soltó la muñeca.

—Tiene que haber —replicó, examinando con un interés desconsolado las cosas esparcidas por el suelo. El dentista lo observó con una atención compasiva. Después lo empujó hacia el cabezal y, por primera vez dando muestras de impaciencia, dijo:

—Deje de ser pendejo, teniente; con ese absceso no hay anestesia que valga.

Pasado el instante más terrible de su vida, el alcalde aflojó la tensión de los músculos y permaneció exhausto en la silla, mientras los signos oscuros pintados por la humedad en el cartón del cielorraso se fijaban en su memoria hasta la muerte. Sintió al dentista trajinando en el aguamanil. Lo sintió colocar en su puesto los cajones de la mesa, y recoger en silencio algunos de los objetos del suelo.

—Rovira —llamó el alcalde—, dígame a González que entre, y recojan las cosas del suelo hasta dejar todo como lo encontraron.

Los agentes obedecieron. El dentista prensó un algodón con unas pinzas, lo empapó en un líquido color de hierro y tapó la cisura. El alcalde experimentó primero una sensación de ardor superficial. Después de que el dentista le cerró la boca, él siguió con la vista fija en el cielorraso, pendiente de los ruidos de los agentes que trataban de reconstruir de memoria el orden minucioso del gabinete. Dieron las dos en la torre. Un alcaraván, con un minuto de retraso, repitió la hora en el murmullo de la llovizna. Un momento después, sabiendo que habían terminado, el alcalde indicó por señas a sus agentes que regresaran al cuartel.

El dentista había permanecido todo el tiempo junto a la silla. Cuando salieron los agentes, retiró el tapón de la encía. Luego exploró con la lámpara el interior de la boca, volvió a ajustar las mandíbulas y apartó la luz. Todo había terminado. En el cuartito caluroso quedaba entonces esa rara desazón que sólo conocen los barrenderos de un teatro después de que sale el último actor.

—Desagradecido —dijo el alcalde.

El dentista se metió las manos en los bolsillos de la bata y dio un paso atrás, para dejarlo pasar.

—Había orden de allanar la casa —prosiguió el alcalde, buscándolo con la mirada detrás de la órbita de luz, mientras empezaba a levantarse—. Había órdenes precisas de encontrar armas y municiones, y documentos con los pormenores de una conspiración nacional—. Fijó en el dentista sus ojos todavía húmedos y agregó: —Usted sabe que es cierto.

El dentista permaneció impenetrable.

—Yo creí que hacía un bien desobedeciendo esa orden —continuó el alcalde—. Pero estaba equivocado. Ahora las cosas cambian, la oposición tiene garantías y todo el mundo vive en paz, y usted sigue pensando como un conspirador.

El dentista volteó el cojín de la silla por el lado que no había sido destruido, y dijo como para sí mismo:

—Discursos.

El alcalde pasó por alto la interrupción.

—Su actitud perjudica al pueblo —prosiguió, señalando el cojín, sin ocuparse de la mirada pensativa que dirigió el dentista a su mejilla—. Ahora le toca al municipio pagar todas estas vainas, y además la puerta de la calle. Un díneral, nada más que por su terquedad.

—Haga buchec de agua de alholva —dijo el dentista.